



El viejo abre los ojos lentamente. No recuerda nada. Ni quién es. Ni dónde está. Ni en qué día, mes y año vive. Trata de moverse, pero algo se lo impide.

La penumbra que lo rodea se va aclarando y logra vislumbrar los detalles del techo. Es blanco, con una lámpara de focos alargados en su centro. Está apagada.

‘Tic, tic, tic’, un ruido rítmico se apodera de su atención. “Debe ser un reloj”, concluye, “aunque no un ejemplar de mecanismo sofisticado, sino eléctrico; barato”.

Abre un poco más sus párpados y logra divisar el círculo redondo, de plástico azul, de un reloj de pared colgado encima de un agujero que parece una puerta.

Escucha de nuevo el ‘tic, tic, tic’. Deduce que el ruido no procede del reloj redondo. Su origen está detrás de él.

Trata de virarse pero no puede. Al hacer el movimiento ve una cama a su lado. Hay una sombra sobre ella. No logra enfocarla. El esfuerzo lo cansa y tiene que regresar a su posición original, mirando el techo.

Cierra de nuevo los ojos. No puede reunir ningún pensamiento en su mente salvo el sonido rítmico, ‘tic, tic, tic’, detrás suyo.

Pasa el tiempo. Descansa.

Se entretiene escuchando su propia respiración. Siente cómo su pecho sube, baja.

Entreabre sus ojos. Todo sigue igual. El techo, la lámpara, el ruido..., 'tic, tic, tic'.

Un pensamiento lo sobresalta: "¡Mi maletín! ¿Dónde está mi maletín?". En él hay cosas muy importantes que nadie puede ver. Trata de revolverse nervioso en la cama, pero no puede. Está amarrado.

Observa hacia abajo. Hacia donde deben de estar sus piernas. No las ve. Sólo logra entrever dos cilindros blancos, largos, sujetos con cables que desaparecen en lo alto.

Trata de establecer comunicación con ellas. Nada. Trata con los brazos. Nada. Con las manos, pies. Nada. Lo único que puede controlar son los párpados. Abrirlos, cerrarlos, volverlos a abrir. También puede girar levemente la cabeza, aunque no lo suficiente para descubrir de dónde viene el ruido. 'Tic, tic'.

De repente siente que empieza a emerger del estado en que se encuentra. Comienza a recordar. Su carro. La noche. Un destello de luz. Un ruido inmenso. El silencio. La imagen de una mulata, con sus curvas inmensas repletas de carne turbadora. Sonríe. "¡Ah! ¡Nitzia! ¡Qué mujer!".

Mueve la cabeza de lado a lado. Su cerebro sigue soltando recuerdos. Poco a poco. En dosis calculadas.

Disfruta con la imagen de Nitzia. Continúa sonriendo. Es la única sensación externa que percibe.

De repente un aguijonazo de dolor lo penetra. Su rostro se contrae en una mueca angustiada. No sabe de dónde procede aquella sensación tan horrenda. "Debe ser de alguna parte de mi cuerpo, pero no puedo ubicarla." Trata de levantar una mano pero no sucede nada. La otra. Nada. El dolor desaparece tan rápido como llegó. Mira el techo. Nada ha cambiado. Observa la lámpara apagada. Larga. Cubierta de una pantalla con rombos cincelados en el plástico que la cubre.

Cierra los ojos. Espera. Se aburre. Los abre y empieza a contar los dibujos geométricos en la lámpara

del techo. Se pierde en aquel mar inmenso de cocadas. Intenta de nuevo contar. No tiene éxito. Va a iniciar otra vez la operación, pero desde muy adentro surge un estallido de dolor tan agudo que, por primera vez, lo siente en todo su cuerpo. En los brazos, piernas, abdomen. Todo su ser se sumerge en aquel dolor lacerante, inmenso.

Su boca se abre sin control y surge un grito:

—¡Aaaahhhhh!

Él mismo se asombra por la intensidad del sonido. Trata de controlarse, pero no puede. Hay otro preparado, listo para despegar:

—¡¡Aaahh!!

Ruido de sillas moviéndose, de zapatos corriendo. Se abre una puerta. Lo percibe claramente. Es fácil distinguir el sonido de una puerta cuando la abren con violencia.

Tres manchas blancas vuelan hacia él. Lo rodean. Se inclinan sobre su cuerpo. Alumbran uno de sus ojos con una luz pequeña, intensa. Luego el otro.

El viejo parpadea, fija su mirada; analiza las figuras que lo examinan. Poco a poco se comienzan a delinear rostros; uniformes blancos.

Siente cómo el dolor que anida en su interior de nuevo se libera y salta hacia afuera. Asciende y lo invade todo.

—¡Aaaahhh! —no puede reprimirse.

Una de las figuras blancas toma lo que parece ser su brazo, lo levanta. Siente un ligero pinchazo, parecido a cuando de niño una de sus "novias" le dio un pellizco utilizando sus uñas como herramienta.

De repente el dolor desaparece; tan rápido como llegó.

—No le dolerá más —escucha que la enfermera le dice—. Le acabo de inyectar un analgésico que lo mantendrá calmado.

El hombre trata de sonreír, pero se da cuenta de que le es difícil dibujar la expresión en su cara. De todas formas no es una sonrisa verdadera la que se perfila en su rostro, sino la que siempre utiliza para indicar que está satisfecho, complacido. Mueve ligeramente los ojos y ve a otras dos enfermeras que lo observan desde el final de la cama; en el lugar donde deberían estar sus pies.

Trata de hablar. De preguntar algo. Ningún sonido sale de su garganta. La mujer debe haber notado su intención pues dice enseguida:

—No se preocupe, señor Vargas. Todo está bien. Tuvo usted un accidente. Estaba anestesiado. Tuvimos que operarlo, ¿sabe? —señala hacia sus piernas—. Se quebró todo...

Intenta hablar de nuevo. La enfermera se inclina y le da algunos golpes en el hombro:

—No, no hable, señor Vargas. Se va a cansar y no conviene.

Cierra los ojos. ¡Cómo odia que alguien le dé palmaditas! Lo encuentra denigrante; de mal gusto. Ese movimiento de intimidación hecho por alguien que no lo conoce le repugna. Se contiene. “Ya habrá un momento en que le diré a esta enfermera que vaya a darle palmaditas a otro... Que no toque más mi cuerpo”.

Recuerda su anatomía. Los ejercicios diarios en el gimnasio. La satisfacción de ver en el espejo una figura de menos años de los que tiene. El goce que lo invade cuando en la piscina del Club Deportivo se encuentra con sus amigos y compara su cuerpo bronceado y bien cuidado con el de ellos. Los hay gordos, con el tejido adiposo colgando por todos lados. Otros están flacos y sin músculos, los huesos sobresaliendo por doquier. Sin embargo él está en la situación ideal: ni gordo, ni flaco. Los músculos situados en donde deben estar.

—Señor Vargas, ¿me escucha?

De nuevo siente la molesta lucecita que transita sobre sus ojos. Los abre. Enfoca a la enfermera, quien sonríe. Nota que es gorda. De cara ovalada y mejillas colgantes. Sus labios no están pintados y se notan pálidos. Tiene las cejas pobladas. El cabello negro, recogido. El uniforme limpio pero viejo, usado. “No es una enfermera de primera”, deduce. “¿Dónde estaré?”, se pregunta.

La mujer, como si le hubiera leído la mente, le informa:

—Está en el Hospital San Juan, señor Vargas. Tuvo un accidente cerca de este lugar y lo trajeron aquí esta madrugada.

“¡El Hospital San Juan!”, repite mentalmente el accidentado. “¡Pero si es un hospital público; gratuito! ¡Para pobres! ¿Qué hago yo aquí?”.

Intenta incorporarse sin éxito. Sus esfuerzos no pasan desapercibidos para las enfermeras, quienes lo sujetan por ambos hombros.

—Cálmese, señor Vargas. Cálmese. No es tan grave.

“¡No es por lo grave que me estoy moviendo; es que no quiero estar aquí!”, intenta decir, pero sólo sonidos incomprensibles salen de su boca.

Se concentra en el ruido monótono que surge detrás de su cabeza. ‘Tic, tic, tic’. Respira profundo. Al fin se tranquiliza. Se concentra. Intenta hablar de nuevo.

—Nooooo quier...

—Tranquilo, señor Vargas —lo interrumpe la enfermera de la cara redonda. Lo palmea en el hombro. ¡Cómo odia que lo toquen!—. Todo va a ir muy bien. Está usted en buenas manos.

“¿Cómo voy a estar en buenas manos en un hospital de cuarta categoría? ¡Tengo que salir de aquí!”, piensa. Intenta hablar de nuevo.

—Poorrr f...

—¡Cálmese!

Más palmaditas. Otra inyección. Sensación de placidez... Cierra los ojos. Se deja llevar...

Intenta abrir los párpados. No logra ver nada. Está tan oscuro como cuando los tenía cerrados. Ve un haz de luz difusa a través de la ventana al lado de la puerta. Ahora discierne más claramente las sombras al otro lado de la pared. Las persianas están abiertas. Hay una mesa larga y varias enfermeras sentadas a lo largo. Sus caras están iluminadas por un resplandor que parece salir del frente. Vuelve la cara hacia el otro lado. Otra ventana. Ésta tiene las persianas cerradas. Gira ahora su cabeza a la posición original. Se siente más libre. Más ágil. No hay dolor. Observa hacia abajo. Hacia donde deberían estar sus piernas. No están. Una mole blanca de vendas las suplanta. “¿Habré perdido mis piernas?”, el pensamiento entra de repente. “¡No! Están allí. Sólo que cubiertas de vendas.” Respira hondo. “Hospital público”, recuerda. Se estremece. Ha escuchado historias horribles de estos lugares para pobres. No hay medicamentos. Los médicos no atienden bien. Las enfermeras no están graduadas. Falta equipo. Ahora está en uno de ellos. Irremediablemente. No puede partir. No tiene piernas. Trata de sentir las, sin éxito. Un gran vacío ha tomado el lugar de su torso inferior. Intenta con los brazos. El derecho, nada. El izquierdo, siente un movimiento. Los dedos se mueven. Prueba la mano: la encuentra. Flexiona el brazo. Lo dobla por el codo. Lo trae hasta los ojos. Mira su mano izquierda. Pálida pero real. Mueve los dedos. Se alegra. Le dan ganas de llorar. No lo hace por temor a que entre una enfermera. Vuelve el brazo a su lugar. Reposa. Sonríe. Cierra los ojos. Se duerme.

Una voz dulce lo despierta:

—Buenos días, señor Vargas. Es hora de levantarse.

Alguien lo sacude levemente. ¡Odia que lo toquen! Furioso, abre los ojos. Tiene frente a él a una enfermera

que sonríe. De un vistazo aprecia sus facciones delicadas; sus labios finos y tersos.

—Ha dormido más de un día... —agrega la mujer—. Es hora de que salga del mundo de los sueños.

—¿Qué me sucedió? —logra preguntar con voz temblorosa.

—Tuvo un accidente, señor. Un accidente bastante grave.

—Mi auto, ¿cómo quedó? —pregunta con voz entrecortada.

Recuerda su auto. Un deportivo último modelo. Doce cilindros (hay pocos automóviles con doce cilindros). Dos carburadores. Suficientes caballos de fuerza para hacerlo despegar si tuviera alas. ¡Su bebé adorador!

—Destrozado. Pérdida total, tengo entendido —dice la enfermera moviendo su cabeza de lado a lado.

El viejo cierra los ojos. Se pone triste.

—¿No va a preguntar por usted? ¿Qué le sucedió? ¿No le interesa si mató a otros? ¿Sólo su carro? —pregunta la enfermera con tono de reproche.

Mira el rostro hermoso. Facciones aindiadas. Siempre le han parecido lindas las mujeres de su país. Con sus cabellos negros, rasgos finos, combinación de razas. Perfectas para la cama, pero nada más. Nitzia es así. Mezcla de negra, india y blanca. Revoltijo angustioso que produce las mejores mujeres...; o las peores. No como su esposa. Al momento de decidir con quién casarse, no dudó un instante que su consorte debía de ser blanca. De pelo negro, pero blanca. “Blanca de Castilla”, como decía su abuela. No importó su insipidez, la superficialidad, ajena a todo salvo sus amigas, sus barajas y sus sesiones de té. Y, por supuesto, su Iglesia. Siempre su Iglesia. Para todo su Iglesia. Cuando lo esperaba tarde en la noche —ya no lo hace—, usaba a Dios y al diablo para asustarlo, para tratar de retenerlo en casa. ¡Qué aburrido! Hubiera preferido que tuviera un amante, dos...

Sería más divertido. Mejores discusiones. Intercambio de información. Pero, ¿la Iglesia? ¡Uggg!

—A ver, señor Vargas. ¿Me escucha? —oye a la enfermera decir con su tono dulce, aunque alto.

El viejo hace un gesto con la mano y balbucea:

—¡Basta, basta! No tiene que gritar. La escucho...

—Se nota que está bien —palmaditas—. Que se va a recuperar —palmaditas—. Voy a buscar al doctor.

No desea más palmaditas. Ni consuelo, ni compasión. No quiere nada. Él tampoco da nada nunca. No distribuye palmaditas. Sabe siempre en qué posición están sus manos. Sin excesos descontrolados. Toda su vida ha practicado la disciplina corporal. Es tan importante... Muchas cosas dependen de ello. Un contrato. Una conquista. No mover un músculo de la cara es esencial en momentos cruciales de la vida. Un gesto involuntario puede delatarnos. Unos ojos demasiado ansiosos pueden ser ventanas por donde el contrario atisba nuestra alma. Hay que desviarlos. Cerrarlos. Apartarlos.

Mira a su alrededor. Ve una cama con sábanas revueltas y un cuerpecito contorsionado yaciendo sobre ellas. Parpadea. Abre bien los ojos para captarlo todo. “¡No estoy solo en el cuarto!”, piensa sobresaltado. Nota los remiendos en las sábanas de la cama vecina. Están limpias, pero zurcidas en muchas partes. Son verdes. Observa las letras negras pintadas en dos o tres lados: “Hospital San Juan”. “¡Hay que pintarle el nombre a las sábanas para que no se las roben! ¡En qué lugar estoy!”. Observa su propia cama: las mismas sábanas la cubren. “¡Hospital de pobres! ¡Tengo que salir de aquí!”. Mira de nuevo a su acompañante. Es pequeño. Su piel es oscura. Tiene atado a él un tubo que asciende a una bolsa suspendida sobre la cama. Pelo muy corto. Cenizo. Con parches sin cabello a través de los que se le ve claramente el cuero cabelludo. Las pijamas —también verdes, con el nombre del hospital pintado de negro en

varios lugares— cuelgan como si hubiera poca carne. Mira los pies. Pequeños. Raquíuticos. Igual que los brazos. Igual que el cuello, que la cara, únicas partes de la piel que se ven. Está abrazado a lo que parece un muñeco de trapo, hecho de retazos de telas remendadas. No se mueve el cuerpo pequeño. Parece enfermo. Muerto.

Aparta la vista disgustado. Reflexiona: “Tengo suficiente dinero para pagar el mejor hospital. Para traer un avión-ambulancia y volar a un mejor hospital, en un mejor país. Para comprar entero el hospital. ¿Qué se creen? ¡No pueden retenerme! ¡Darme palmaditas y tratar de calmarme! ¡Hospedarme en un cuarto junto con un ser raquíutico y a punto de morir! ¡Qué atrevimiento!”.

Regresa la enfermera. La acompaña un hombre joven vestido con bata blanca. Se acercan. La enfermera desliza su mano por las vendas blancas que cubren las piernas. No siente nada. “¿Estarán mis extremidades debajo de este vendaje? ¿Las habré perdido? ¿Estarán amputadas? ¿Es ésa la razón de tantas gasas blancas?”. Un sentimiento de pánico se apodera de él. Dura los segundos que toma el joven en colocarse a su lado, levantarle el brazo izquierdo, el que no tiene quebrado, apretarle la muñeca buscándole el pulso, y decirle:

—Tiene mucha suerte, señor Vargas. Otro estaría invitado a su propio velorio en estos momentos —ríe con su propia ocurrencia.

El viejo no hace ningún gesto. No le encuentra la gracia al comentario. Mira al visitante. “Pero si es un niño. ¿Es que no hay en este lugar alguien de peso? ¿Alguien a cargo?”.

—¿Usted es responsable de mí? —pregunta con esfuerzo en voz lenta, baja.

—Sí, sí. Por supuesto —responde el joven, mientras intenta medir el pulso del accidentado mirando su reloj.

—¡Pero si usted es un infante! —responde el viejo con tono más fuerte.

El joven sonríe. No dice nada. La enfermera responde por él.

—Es un médico interno. Está haciendo su práctica. Es el mejor que hay por aquí —afirma con su voz dulce.

—¿Está practicando conmigo? —responde el viejo, haciendo intentos por recuperar el brazo que el médico tiene sujetado con firmeza.

—Quieto. No se mueva, por favor —ordena el médico.

Termina de tomar el pulso. Anota algo en una libreta que extrae del bolsillo de su bata.

—¿Quiere saber cómo se encuentra, señor Vargas? —pregunta el doctor con tono profesional.

El viejo detiene todo pensamiento. Uno solo invade de enseguida todo su ser: puede estar al borde de la muerte. Puede que no tenga piernas. Testículos. Pene. Existe la posibilidad de que haya perdido más de lo que imagina. Recuerda su automóvil. Le parece ridículo ahora su preocupación por su auto. Es él quien importa, y puede que esté destrozado. Murmura:

—Sí, doctor. Dígame cómo estoy...

—Tuvo un accidente muy grave. Un poco más y se mata. El auto quedó...

—Sí, ya sé cómo quedó el auto —interrumpe el viejo—. Necesito ahora saber cómo estoy yo.

—Sí. Claro. Usted no está muy bien, señor Vargas.

—¿Qué me pasa?

—Tiene quebrada una de las piernas en múltiples partes. La otra en tres. La cadera también está fracturada en dos lugares.

—¿Tengo mis piernas todavía?

El doctor ríe.

—¡Claro! ¡Por supuesto que las tiene! Allí están —toca con sus nudillos las vendas. Suena hueco. 'Toc, toc'.

—“No son vendas. Es yeso bien duro”, deduce enseguida el viejo.

—Además, tiene quebrado también el brazo derecho —lo señala. Va a darle un golpecito, pero el viejo le detiene la mano.

—No tiene que golpearlo —dice—. Le creo.

—Sí, sí. Por supuesto... —responde el médico, y retira su mano.

—¿Tengo algo más, doctor?

—Sí. Un golpe serio en la cabeza y cortadas por todos lados.

El viejo se lleva la mano sana a la cabeza y palpa un vendaje que le cubre la mayor parte del cráneo.

—Lo trajeron aquí inconsciente. Tuvimos que tomar una decisión rápida: o mandarlo a un hospital mejor equipado —principalmente por su herida en la cabeza ya que no tenemos los aparatos adecuados para contusiones craneales—, o moverlo lo menos posible por el riesgo que implicaban sus múltiples quebraduras. Decidimos dejarlo aquí, y creo que no nos equivocamos. Su herida en la cabeza no era tan grave como parecía.

—¿Cómo lo saben si no tienen los aparatos adecuados? —pregunta el viejo con tono molesto.

El doctor sonríe.

—La experiencia...

—¿La experiencia? —continúa el viejo airado—. ¡Si usted es un bebé! ¡Nada más y nada menos que un doctor bebé!

—No, no. No se preocupe. No fui yo quien lo auxilió anoche. Fueron los doctores de turno, quienes tienen mucha más experiencia que yo.

El viejo está furioso, pero no responde. El mismo pensamiento lo invade de nuevo: tiene que salir de allí. Al costo que sea. No tienen los aparatos adecuados. Las enfermeras dan palmaditas. Los doctores son niños todavía.

—¿Cuántos días tendré que quedarme aquí?

—¿Días? —responde el doctor sonriendo—. No días. Semanas o, quizá, meses.